

GOLPE DE GRACIA

JACK VANCE

1

El Centro, un racimo de burbujas unidas por una red metálica, colgaba en el espacio vacío en la región que en la Tierra se conoce como Próximo Sagitario. El propietario era Pan Pascoglu, un hombre bajo, oscuro y enérgico, casi calvo, con un hirsuto bigote y unos inquietos ojos castaños. El ambicioso Pascoglu se proponía desarrollar el Centro y convertirlo en un centro turístico de moda, una isla encantada entre las estrellas. Algo más que una simple estación de enlace y un depósito. Con tal fin había agregado dos docenas de brillantes burbujas nuevas —*cottages*, como él las llamaba— en los límites del Centro, que se asemejaba ahora al modelo de una molécula extremadamente compleja.

Los *cottages* eran cómodos y alegres; el comedor ofrecía una excelente cocina, y la gente que se reunía en los salones se caracterizaba por su notable diversidad.

Magnus Ridolph encontraba el Centro a la vez reposado y estimulante. Sentado en la penumbra del comedor, donde las estrellas desnudas servían de candelabros, contemplaba a los demás huéspedes. En una mesa a su izquierda, semiocultas tras un macetón de dendrones, había cuatro figuras. Magnus frunció el ceño; comían en absoluto silencio, y por lo menos tres de ellos se inclinaban de un modo grosero sobre los platos.

—Bárbaros —murmuró, y les volvió la espalda.

No se sentía particularmente molesto por esa exhibición de toscos modales; en el Centro era natural encontrarse con muchos tipos de seres. Esa noche parecía hallarse representado todo el espectro de la evolución, desde los patanes que tenía a su izquierda, pasando por una veintena de civilizaciones más o menos refinadas, hasta —acarició con la servilleta su cuidada barba blanca— él mismo.

Con el rabillo del ojo observó que una de las cuatro personas se levantaba y se acercaba a su mesa.

—Perdóneme que me entrometa, pero, ¿no es usted Magnus Ridolph?

Magnus reconoció su identidad, y el otro personaje, sin esperar invitación, se sentó pesadamente. Magnus vacilaba entre la dureza y la urbanidad. A la luz de las estrellas había descubierto que su visitante era Lester Bonfils, un antropólogo del que en alguna oportunidad le habían hablado. Magnus, satisfecho de su propia perspicacia, optó por la cortesía. Las otras tres figuras de la mesa de Bonfils debían ser, sin duda, salvajes paleolíticos de S-Cha-6, el actual campo de actividad de Bonfils. Sus rostros eran duros, hoscos, temerosos, y parecían decepcionados por la civilización que ya habían experimentado. Usaban pulseras y cinturones metálicos bastante pesados; grilletes magnéticos. Si era necesario, Bonfils podía inmovilizar en el acto los brazos de esas personas a su cargo.

Bonfils mismo era un hombre muy alto, de abundante pelo rubio, corpulento y quizás un poco blando. Su cara podría haber sido vistosa; era más bien pálida. Debía expresar cordialidad y seguridad, pero era apocada y distante. Su boca tenía las comisuras caídas, la nariz resultaba desdibujada, no había en sus movimientos energía, sino un febril nerviosismo. Se inclinó hacia delante y dijo:

—Estoy seguro que a usted le aburren los problemas ajenos, pero necesito ayuda.

—Por el momento no me interesa aceptar una ocupación.

Bonfils se echó atrás y apartó la vista. Ni siquiera tenía fuerzas para protestar. Las estrellas se reflejaban en el blanco de sus ojos, y su piel tenía el color del queso.

—No esperaba otra cosa —murmuró.

Su expresión demostraba tanta amargura y desesperación que Magnus sintió un impulso de simpatía.

—Por pura curiosidad, y sin comprometerme en lo más mínimo, ¿de qué naturaleza son sus dificultades?

Bonfils dejó escapar una risa corta, un sonido vacío y quejumbroso.

—Básicamente..., se trata de mi destino.

—En ese caso, de poco le valdría mi ayuda.

Bonfils volvió a reír, de modo tan hueco como antes.

—Utilizo el término «destino» en su sentido amplio, de modo que incluya... —hizo un gesto vago— no sé bien qué. Parece que tengo una predisposición para el fracaso. Me considero un hombre de buena voluntad, y sin embargo nadie tiene más enemigos. Los atraigo como si fuese la criatura más viciosa que existe.

Magnus le miró con cierto interés.

—Y esos enemigos, ¿se han unido contra usted?

—No. Al menos, no lo creo... Me persigue una mujer, decidida a matarme a cualquier precio.

—Podría ofrecerle un consejo bastante elemental. Que corte su relación con esa mujer.

Bonfils miró por encima del hombro a los seres paleolíticos y lanzó un desesperado torrente de palabras:

—En primer lugar, no tuve ninguna vinculación con ella. Ésa es la dificultad. De acuerdo, soy un necio; un antropólogo debería cuidarse de esas cosas, pero yo estaba absorto en mi tarea. Todo ocurrió en el extremo sur de Kharesm, en Fin del Viaje. ¿Conoce usted el lugar?

—Jamás he visitado Fin del Viaje.

—Algunas personas me detenían en la calle y me decían: «Hemos sabido que mantiene usted relaciones íntimas con nuestra parienta». Y yo protestaba y lo negaba, porque, naturalmente, como antropólogo debo evitar esas situaciones como la peste.

Magnus alzó las cejas, asombrado.

—Su profesión parece exigir algo más que un retiro monástico.

Bonfils repitió su vago gesto habitual; su mente estaba en otra parte. Se volvió para examinar a sus tres ejemplares. En la mesa sólo quedaba uno. Bonfils gimió desde el fondo del alma, se puso en pie de un salto, casi derribó la mesa de Magnus y se lanzó a la persecución.

Magnus suspiró y, un momento más tarde, salió del comedor. Recorrió el salón principal, pero Bonfils no estaba en ninguna parte. Se sentó y pidió un coñac.

El salón de recepción se hallaba atestado, y Magnus observó a los demás ocupantes. ¿De dónde venían esos diversos hombres y mujeres, esos casi hombres y casi mujeres? ¿Cuáles eran sus objetivos, qué les había traído al Centro? Por ejemplo, ese rotundo bonzo de cara de luna con una almidonada túnica roja. Era un nativo del planeta Padme, del otro lado de la galaxia. ¿Por qué se había alejado tanto de su hogar? Y el hombre anguloso cuyo cráneo estrecho y afeitado llevaba una serie de fantásticos adornos de tantalo, evidentemente un Señor de los Dacca... ¿Era un exiliado? ¿Se había lanzado a alguna loca cruzada? ¿Perseguía a un enemigo? Y el ántrope del planeta Hécate, sentado a solas... Constituía un argumento andante a favor de la teoría de la evolución paralela. Su aspecto exterior caricaturizaba el de un ser humano, pero sus órganos internos eran tan distintos como los de un gasterópodo. Su cabeza era de huesos claros y sombras oscuras; su boca, una hendidura sin labios. Era un Meth de Maetho, y Magnus sabía que su raza era tímida y amable, aunque su escaso contacto mental con los seres humanos le diera un aire ambiguo y misterioso... Magnus

reparó en una mujer, y quedó sobrecogido por su milagrosa belleza. Era delgada y morena, con una piel del color de la misma arena del desierto, y se movía con tal conciencia de sí misma que resultaba inmensamente provocativa...

Un hombre bajo y casi calvo, de gran bigote negro, se sentó en la silla inmediata a la de Magnus. Era Pan Pascoglu, el propietario del Centro.

—Buenas noches, señor Ridolph. ¿Cómo lo está pasando?

—Muy bien, gracias. Esa mujer..., ¿quién es?

Pascoglu siguió la mirada de Magnus.

—Ah. Una princesa de cuento de hadas. De Fin del Viaje. Se llama... —Pascoglu chasqueó la lengua—. No recuerdo; un nombre extraño.

—Me figuro que no viaja sola.

Pascoglu se encogió de hombros.

—Dice que está casada con Bonfils, el individuo que viaja con los tres hombres de las cavernas. Pero se alojan en distintos *cottages*, y jamás se les ve juntos.

—Sorprendente —murmuró Magnus.

—Eso es decir poco. Los cavernícolas deben tener encantos ocultos.

A la mañana siguiente, el Centro era recorrido por charlas excitadas, porque se había encontrado muerto en su *cottage* a Lester Bonfils. Los tres hombres paleolíticos se movían nerviosos en sus jaulas. Los huéspedes se miraban unos a otros con inquietud. Uno de ellos era un asesino.

2

Pan Pascoglu, muy conmovido, se acercó a Magnus Ridolph.

—Sé que está usted aquí de vacaciones, señor Ridolph, pero necesito su ayuda. Alguien ha matado al pobre Bonfils, pero, ¿quién ha sido? —Separó las manos—. Naturalmente, no puedo dejar pasar una cosa así.

Ridolph dio tirones a su breve barba blanca.

—Pero sin duda se llevará a cabo alguna investigación oficial...

—Por eso quiero hablar con usted. —Pascoglu se dejó caer en un sillón—. El Centro está fuera de toda jurisdicción. Yo hago mi propia ley, dentro de ciertos límites, por supuesto. Es decir, si yo protegiera a los criminales, o favoreciera algún tipo de vicio, alguien se opondría. Y eso no ocurre aquí. Una borrachera, una pelea, alguna estafa... Esas cosas las resolvemos discretamente. Pero nunca ha habido un crimen. ¡Es necesario aclararlo!

Ridolph reflexionó un momento.

—¿No tiene usted equipo criminológico?

—¿Quiere decir detectores de mentiras, detectores de aliento, comparadores de células? Ninguna de esas cosas. Ni siquiera un equipo para tomar huellas digitales.

—Me lo imaginaba —suspiró Ridolph—. Está bien, no puedo negarme a su petición. ¿Puedo preguntarle qué se propone hacer con el asesino o asesina cuando lo capturemos?

Pascoglu se puso vivamente en pie. Era obvio que no lo había pensado.

—¿Qué debería hacer? No puedo organizar un tribunal de justicia. Tampoco me gustaría matar a nadie.

Ridolph dijo con voz grave.

—El asunto puede resolverse por sí mismo. Después de todo, la justicia no tiene valores absolutos.

—Muy bien —afirmó con vehemencia Pascoglu—. Busquemos al autor. Luego decidiremos el paso siguiente.

—¿Dónde está el cuerpo?

—En el *cottage*, donde lo encontró el servicio.

—¿Nadie lo ha tocado?

—El médico lo ha examinado. Y yo vine a buscarle inmediatamente.

—Está bien. Vamos al *cottage* de Bonfils.

El *cottage* de Bonfils era uno de los globos más alejados, quizás a unos quinientos metros del salón principal por el tubo.

El cuerpo yacía en el suelo, junto a un diván blanco, en un montón grotesco, patético. En el centro de la frente había una quemadura. No se veía ninguna otra señal. Los tres seres paleolíticos se hallaban encerrados en una ingeniosa jaula de elementos flexibles, evidentemente desarmable. Debía tener una carga eléctrica, porque la jaula por sí sola no podría resistir a los musculosos salvajes.

Junto a la jaula había un joven delgado, que inspeccionaba o molestaba a sus ocupantes. Se volvió de inmediato cuando Pascoglu y Ridolph entraron en el *cottage*.

Pascoglu hizo la presentación:

—Magnus Ridolph, el doctor Scanton.

Ridolph inclinó la cabeza.

—Supongo, doctor, que habrá hecho por lo menos un examen superficial.

—Suficiente para certificar la muerte.

—¿Podría establecer el momento?

—Aproximadamente a medianoche.

Magnus atravesó con viveza la habitación y miró el cuerpo. Se volvió y se reunió con el doctor y Pascoglu, que esperaban junto a la puerta.

—¿Y bien? —preguntó ansioso Pascoglu.

—Aún no he identificado al criminal —declaró Ridolph—. Pero casi le estoy agradecido al pobre Bonfils; nos ha dado lo que parece un caso de pureza clásica.

Pascoglu masticaba su bigote.

—Debo ser algo obtuso...

—Una serie de evidentes perogrulladas nos servirá quizá para ordenar nuestros pensamientos —continuó Ridolph—. En primer lugar, el autor de este hecho se encuentra en el Centro.

—Naturalmente —dijo Pascoglu—. No ha llegado ni partido ninguna nave.

—Los motivos se encuentran en un pasado más o menos inmediato.

Pascoglu hizo un movimiento de impaciencia. Ridolph alzó la mano, y Pascoglu, con irritación, siguió mordiéndose el bigote.

—Con toda probabilidad, el criminal tenía cierta relación con Bonfils.

Pascoglu propuso:

—¿No cree que deberíamos volver a la recepción? Tal vez alguien confiese, o...

—Cada cosa a su tiempo —repuso Ridolph—. En resumen, se puede pensar que la primera línea de sospechosos son los compañeros de viaje de Bonfils al Centro.

—El vino en el *Maulerer Princeps*. Puedo conseguir de inmediato la lista del pasaje —dijo Pascoglu, y salió del *cottage*.

Ridolph permaneció en el vano de la puerta estudiando la habitación, y luego se volvió hacia el doctor Scanton.

—El procedimiento oficial exigiría una serie de fotografías detalladas. Me pregunto si podría usted ocuparse de ello.

—Por supuesto. Las haré yo mismo.

—Muy bien. Hecho esto, no parece haber motivos para no trasladar el cuerpo.

3

Magnus Ridolph regresó por el tubo al salón principal. Pascoglu estaba ante su escritorio.

—Esto es lo que usted pedía —dijo, alcanzándole un papel.

Magnus Ridolph leyó con interés. Enumeraba la identidad de trece personas:

1. Lester Bonfils, acompañado por
 - a) Abu
 - b) Toko
 - e) Homup
2. Viamestris Diasporus
3. Thorn 199
4. Fodor Impliega
5. Fodor Banzoso
6. Scriagl
7. Hércules Starguard
8. Fiammella de las Mil Velas
9. Clan Kestrel, sección catorce, sexta familia, tercer hijo.
10. (Sin nombre)

—Ah —dijo Ridolph—. Excelente. Pero falta una cosa; me interesa especialmente el planeta de origen de cada una de estas personas.

—¿El planeta de origen? —se quejó Pascoglu—. ¿Y qué utilidad tiene eso?

Ridolph inspeccionó a Pascoglu con sus mansos ojos celestes.

—¿Desea que yo investigue este crimen?

—Sí, por supuesto, pero...

—Entonces debe cooperar conmigo en todo lo posible, sin nuevas protestas ni expresiones de impaciencia.

Ridolph acompañó sus palabras con una mirada tan clara y fría que Pascoglu cedió y alzó las manos.

—Como quiera. Pero sigo sin comprender...

—Ya he dicho que Bonfils había tenido la bondad de dejarnos un caso de absoluta claridad.

—No resulta claro para mí —gruñó Pascoglu. Miró la lista—. ¿Cree que el asesino es uno de ellos?

—Es posible, pero no seguro. También podríamos ser usted o yo; ambos hemos tenido contacto reciente con Bonfils.

Pascoglu sonrió.

—Si ha sido usted, por favor confiese ahora, por lo menos así me ahorro sus honorarios.

—Me temo que no sea tan simple. Sin embargo, hay formas de atacar el problema. Los sospechosos, tanto las personas de esta lista como cualquier otra que haya estado en relación reciente con Bonfils, pertenecen a diferentes mundos. Cada uno de ellos está moldeado según las tradiciones

de su propia cultura. La rutina policial podría resolver el caso mediante el empleo de analizadores y de máquinas de detección; yo espero lograr lo mismo mediante el análisis cultural.

La expresión de Pascoglu era la de un naufrago que ve, desde una isla desierta, cómo un yate desaparece en el horizonte.

—Mientras el caso quede resuelto —dijo con voz hueca—, y no adquiera demasiada notoriedad...

—Entonces, en marcha —respondió alegremente Ridolph—. Los mundos de origen.

Se hizo el añadido solicitado. Ridolph volvió a estudiar la lista. Apretó los labios, dio tirones a su barba blanca y declaró:

—Necesito dos horas para efectuar una investigación. Después interrogaremos a los sospechosos.

4

Dos horas más tarde, Pan Pascoglu no podía esperar más. Entró furioso en la biblioteca y encontró a Magnus Ridolph golpeteando la mesa con un lápiz con la mirada perdida. Abrió la boca para hablar, pero Magnus volvió la cabeza y la mansa mirada celeste provocó una especie de dilación en la mente de Pascoglu, quien se dominó y preguntó con relativa calma cuál era el estado de las investigaciones de Ridolph.

—Van bastante bien —repuso—. Y usted, ¿ha averiguado algo?

—Me parece que puede tachar de la lista a Scriagl y al tipo del clan Kestrel; estaban jugando en la sala de juego, y tienen coartadas absolutamente comprobadas.

Magnus dijo, pensativo:

—Por supuesto, también existe la posibilidad que Bonfils encontrara por casualidad a un antiguo enemigo en el Centro.

Pascoglu se aclaró la garganta.

—Mientras usted estudiaba, hice unas cuantas preguntas. Mi personal es bastante observador, y pocas cosas se les escapan. Dicen que Bonfils habló, es decir un tiempo considerable, sólo con tres personas. Usted, yo mismo y ese bonzo de cara de luna y ropa roja.

Magnus asintió.

—Es cierto que yo hablé con Bonfils. Parecía hallarse en graves dificultades. Insistió en que una mujer, que sin duda es Fiammella de las Mil Velas, le estaba matando.

—¿Cómo? ¿Y usted sabía eso desde el principio?

—Calma, mi querido amigo. Bonfils dijo que ella estaba decidida a matarlo. Eso se encuentra a infinita distancia del acto decisivo cuyos efectos hemos visto. Le ruego que modere sus exclamaciones; me perturban. Como decía, hablé con Bonfils, pero pienso que puedo eliminarme. Usted ha pedido mi ayuda y conoce mi reputación; por lo tanto, con igual seguridad le elimino a usted.

Pascoglu produjo un sonido gutural y empezó a caminar por la habitación.

—El bonzo —continuó Magnus—. Sé algo de su religión; creen en la reencarnación, y valoran de modo absoluto la virtud, la caridad y la amabilidad. Un bonzo de Padme no se atrevería a matar; pensaría que, en ese caso, en alguna de sus próximas reencarnaciones sería un erizo de mar o un chacal.

La puerta se abrió y entró el bonzo en la biblioteca, como si lo hubiera atraído un impulso telepático. Al advertir la actitud de Magnus y de Pascoglu, que le examinaban serenamente, titubeó.

—¿Interrumpo una conversación privada?

—Nuestra conversación es privada —informó Magnus—; pero si tenemos en cuenta que el tema es usted, saldremos ganando con su compañía.

—Estoy a su disposición —respondió el bonzo, acercándose—. ¿Hasta qué punto había llegado la conversación?

—Tal vez usted sepa que Lester Bonfils, el antropólogo, fue asesinado anoche.

—Lo he oído decir.

—Creemos que Bonfils conversó anoche con usted.

—Así es. —El bonzo respiró profundamente—. Se encontraba en graves dificultades. Jamás he visto a un hombre tan desalentado. Los bonzos de Padme, y en especial nosotros, los de la Orden de Isavest, nos consagramos al altruismo. Aportamos servicios constructivos a toda cosa viviente y, en ciertas circunstancias, incluso a objetos inorgánicos. Creemos que el principio de la vida trasciende el protoplasma, y nace de los movimientos simples, que a veces no son tan simples. Una molécula que pasa junto a otra, ¿no es un aspecto de la vida? ¿Por qué no debemos conjeturar la existencia de algo de conciencia en cada molécula individual? Un fermento de pensamiento nos rodea, y no es difícil imaginar el resentimiento que quizá se produce cuando pisamos un terrón del suelo... Por esa razón, los bonzos nos movemos tan suavemente como podemos, y tratamos de ver dónde ponemos el pie.

—De acuerdo —dijo Pascoglu—. ¿Y qué quería Bonfils?

El bonzo reflexionó.

—No es fácil explicarlo. Era víctima de diversas angustias. Creo que trataba de vivir una vida honorable, y que sus preceptos eran contradictorios. Como resultado, se veía acosado por las pasiones de la suspicacia, la vergüenza, el erotismo, el asombro, el miedo, la ira, el resentimiento, la decepción y la confusión. Y, en segundo lugar, creo que empezaba a temer por su reputación profesional...

Pascoglu le interrumpió:

—¿Qué le pidió, concretamente?

—Concretamente, nada. Quizá seguridad y aliento.

—¿Se lo dio usted?

El bonzo sonrió con dulzura.

—Amigo mío, me dedico a un serio programa de meditación. Hemos sido adiestrados para separar los dos lóbulos de nuestros cerebros, el derecho y el izquierdo; de ese modo, podemos pensar con dos mentes separadas.

Pascoglu estaba a punto de proferir una pregunta impaciente cuando Magnus intercedió.

—El bonzo le ha dicho que sólo un tonto podría resolver con una palabra los problemas de Lester Bonfils.

—Eso expresa en parte mi pensamiento —dijo el bonzo.

Pascoglu pasó la mirada de uno a otro, desconcertado. Luego, con disgusto, alzó las dos manos.

—Yo sólo quiero encontrar a la persona que abrió un agujero en la frente de Bonfils. ¿Puede ayudarme, sí o no?

—Amigo mío —respondió el bonzo—, me pregunto si ha tomado usted en consideración la fuente de sus impulsos... ¿No está motivado por una arbitrariedad arcaica?

Magnus tradujo:

—El bonzo se refiere a la Ley de Moisés, y le pone sobre aviso acerca de la doctrina de arrancar ojo por ojo y diente por diente.

—Una vez más —declaró el bonzo—, ha captado usted la esencia de mi pensamiento.

Pascoglu levantó las manos y caminó pisando con fuerza de un extremo al otro de la habitación.

—¡Basta de payasadas! —rugió—. bonzo, ¡fuera de aquí!

Magnus reasumió su tarea de intérprete:

—Pan Pascoglu se muestra profundamente agradecido, y le ruega que le excuse hasta que haya encontrado tiempo para estudiar con mayor detenimiento sus puntos de vista.

El bonzo se inclinó y se retiró. Pascoglu dijo con rencor:

—Cuando esto acabe, usted y el bonzo podrán hablar de filosofía hasta ponerse morados. Yo estoy harto de charla y quiero ver un poco de acción. —Oprimió un botón—. Dígale a la mujer de Fin del Viaje..., la señorita Mil Velas, o como se llame..., que venga a la biblioteca.

Magnus enarcó las cejas.

—¿Qué se propone?

Pascoglu se negó a mirar a los ojos de Magnus.

—Voy a hablar con ellos y a averiguar qué saben.

—Me parece que pierde el tiempo.

—Sea como fuere —respondió con obstinación Pascoglu—, tengo que empezar por alguna parte. Nadie aprendió nunca nada quedándose quieto en una biblioteca.

—Entiendo que ya no necesita mis servicios...

Pascoglu se mordió el bigote.

—Con toda sinceridad, señor Ridolph, usted se mueve con demasiada lentitud para mí. Éste es un asunto serio, y necesito acción rápida.

Magnus se inclinó, aceptando.

—¿Le importa que asista a los interrogatorios?

—De ninguna manera.

Pasó un momento, se abrió la puerta y apareció Fiammella de las Mil Velas.

Pan Pascoglu y Magnus Ridolph la miraron en silencio. Fiammella llevaba un sencillo vestido color beige y sandalias de piel suave. Tenía los brazos y las piernas desnudos, su piel era apenas más clara que el vestido y llevaba en el pelo una flor anaranjada.

Pascoglu le indicó con gravedad que se acercara; Ridolph se apartó y se sentó en una silla alejada.

—¿De qué se trata? —preguntó Fiammella, con voz suave y dulce.

—Sin duda se ha enterado usted de la muerte del señor Bonfils —dijo Pascoglu.

—¡Oh, sí!

—¿Y no está usted alterada?

—Sí, por supuesto. Me siento muy feliz.

—¿De veras? —Pascoglu tosió—. He visto que adopta usted el nombre de señora Bonfils...

Fiammella asintió.

—Sí, según la costumbre de ustedes. En Fin del Viaje se diría que él es el señor Fiammella. Yo lo elegí, y él se escapó, lo que constituye una gran vergüenza. De modo que vine tras él, y le aseguré que le mataría si no regresaba a Fin del Viaje.

Pascoglu saltó como un perrito, y pinchó el aire con su dedo regordete.

—¡Ah! Entonces, ¿admite usted que le mató?

—¡No, no! —exclamó ella, en el colmo de la indignación—. ¿Con un arma de fuego? ¿Por qué me insulta? Es usted tan perverso como Bonfils... Cuídese para que no le mate.

Pascoglu retrocedió un paso, asombrado, y miró a Ridolph.

—¿Ha oído lo que ha dicho?

—Desde luego.

Fiammella asintió con fiereza, y agregó:

—Si usted se burla de la belleza de una mujer, ¿qué otra cosa puede hacer ella? Pues matarle. Y se acabaron las burlas.

—¿Cómo matas tú, Fiammella? —preguntó Ridolph con cortesía.

—Yo mato de amor, por supuesto —dijo Fiammella—. Me acerco así... —Dio un paso adelante, se detuvo y se mantuvo erguida delante de Pascoglu, mirándolo intensamente a los ojos—. Levanto las manos. —Alzó los brazos despacio y acercó las palmas a la cara de Pascoglu—. Me doy la vuelta y me alejo. —Así lo hizo, mientras le miraba por encima del hombro—. Luego, vuelvo. —Regresó corriendo—. Y en muy poco tiempo me dirás: «Fiammella, déjame tocarte, déjame sentir tu piel». Y yo diré «no», y daré vueltas a tu alrededor, y respiraré junto a tu cuello...

—¡Basta! —dijo Pascoglu, incomodísimo.

—Y pronto palidecerás, y te temblarán las manos, y gritarás: «Fiammella, Fiammella de las Mil Velas, te quiero, me muero de amor por ti». Y más tarde, cuando sea de noche, volveré, vestida apenas con unas flores, y tú murmurarás «¡Fiammella!», y luego yo...

—Me parece que todo está aclarado —interrumpió con voz suave Ridolph—. Cuando el señor Pascoglu recupere la respiración, seguramente pedirá excusas por su involuntario insulto. En lo que a mí se refiere, no puedo imaginar una forma más grata de morir, y casi experimento la tentación de...

Fiammella le dio un travieso tirón de la barba.

—Tú eres muy viejo.

Ridolph asintió con tristeza.

—Me temo que tienes razón. Por un momento me engañé... Puedes irte, Fiammella de las Mil Velas. Regresa a Fin del Viaje. Tu marido extranjero está muerto; nadie más se atreverá a ofenderte.

Fiammella sonrió, con una especie de compungida gratitud, y se dirigió con suaves y ágiles pasos a la puerta. Una vez allí, se detuvo y se volvió.

—¿Quieren saber quién mató al pobre Lester?

—Por supuesto —respondió vivamente Pascoglu.

—¿Conocen a los sacerdotes de Cambyses?

—¿Fodor Impliega y Fodor Banzoso?

Fiammella asintió.

—Odiaban a Lester. Le dijeron: «Queremos uno de sus esclavos salvajes; hace demasiado tiempo que no enviamos un alma a nuestro dios». Lester se negó, y se enojaron mucho y hablaban de Lester entre ellos.

—Muy bien —repuso, pensativo, Pascoglu—. Por supuesto, interrogaré a esos sacerdotes. Gracias por la información.

Fiammella se marchó. Pascoglu se dirigió a un intercomunicador de la pared.

—Envíeme a Fodor Impliega y a Fodor Banzoso, por favor.

Hubo una pausa; luego, la voz del empleado respondió:

—Están ocupados, señor Pascoglu. Una especie de rito o algo así. Dijeron que sólo sería un momento.

—Hum... Bien, envíeme a Viamestris Diasporus.

—Sí, señor.

—Para su información —dijo Ridolph—, debo decirle que Viamestris Diasporus procede de un mundo donde los juegos de gladiadores son sumamente populares, y donde los gladiadores de éxito son los príncipes de la sociedad; en especial los gladiadores aficionados, que en muchas ocasiones son nobles de alto rango y luchan únicamente por conquistar prestigio y las aclamaciones del público.

Pascoglu se volvió.

—Si Diasporus es un gladiador aficionado, sin duda será un hombre endurecido, a quien no le importaría matar a alguien.

—Yo me limito a presentar los hechos que he descubierto esta mañana con mis estudios. Usted podrá sacar sus propias conclusiones.

Pascoglu gruñó.

Apareció en la puerta Viamestris Diasporus, el hombre alto de feroz nariz aquilina a quien Ridolph había visto en el salón. El hombre examinó atentamente el interior de la biblioteca.

—Adelante, por favor —invitó Pascoglu—. Estoy haciendo una investigación acerca de la muerte de Lester Bonfils. Quizás usted pueda ayudarnos.

El fino rostro de Diasporus se alargó, lleno de sorpresa.

—¿El matador no ha proclamado su acción?

—Por desgracia, no.

Diasporus inclinó rápidamente la cabeza, como si todo estuviera clarísimo.

—Bonfils debía ser de menor categoría, y el asesino no está orgulloso sino avergonzado.

Pascoglu se rascó la cabeza.

—Querría hacerle una pregunta hipotética, señor Diasporus; si usted hubiese matado a Bonfils.

—Ridículo —interrumpió Diasporus—. Esa mínima victoria echaría a perder mis antecedentes.

—Pero si hubiese tenido usted alguna razón para matarle...

—¿Qué razón podía tener? Él no pertenecía a una gens conocida; no había formulado desafíos; no era hombre capaz de pisar la arena del circo.

Pascoglu insistió:

—¿Y si le hubiese injuriado?

Ridolph intervino:

—Por pura curiosidad, supongamos que el señor Bonfils hubiese arrojado pintura blanca a las puertas de su casa.

—¿Cómo dice? —inquirió Diasporus, que en dos grandes zancadas se había colocado frente a Ridolph, a quien miraba fijamente con su cara leonina—. ¿Qué ha hecho?

—No ha hecho nada; está muerto. Se lo preguntaba sólo para que ilustre al señor Pascoglu.

—Ah, comprendo. En ese caso, habría envenenado a ese perro. Pero Bonfils no hizo nada repudiable. Creo que ha muerto como debe ser, herido por un arma de prestigio.

Pascoglu miró al cielo raso y dijo:

—Señor Diasporus, muchas gracias por su ayuda.

El gladiador partió, y Pascoglu se acercó al intercomunicador.

—Por favor, que venga Thorn 199 a la biblioteca.

Esperaron en silencio. Thorn 199 era un hombrecillo delgado con una cabeza redonda bastante grande, y evidentemente pertenecía a una raza de notables mutaciones. Su piel era amarillenta y como de cera; vestía alegres ropas de color azul y naranja, y llevaba un collar rojo y babuchas rojas estilo rococó.

Pascoglu había recuperado su energía.

—Gracias por venir, señor Thorn. Tratamos de saber...

—Perdón —dijo Ridolph—. ¿Puedo hacer una sugerencia?

—¿Cuál es? —preguntó Pascoglu.

—Pienso que el señor Thorn no está vestido como él desearía para una investigación de este carácter; sin duda preferiría venir con ropas blancas y negras y, por supuesto, sombrero negro.

Thorn 199 miró con gran irritación a Ridolph.

Pascoglu, sorprendido, pasó su mirada de uno a otro.

—Esta indumentaria es correcta —dijo Thorn 199—. Después de todo, no vamos a hablar de nada importante.

—Sí. Estamos investigando la muerte de Lester Bonfils.

—No sé nada de eso.

—Entonces no se opondrá usted a cambiarse.

Thorn 199 giró sobre sus talones y salió de la biblioteca.

—¿Qué es eso de la ropa blanca y negra? —preguntó Pascoglu.

Ridolph señaló la bobina que había estado mirando en la pantalla.

—Esta mañana he tenido la oportunidad de recordar las tradiciones de la Península Kolar, en Duax. La simbología de la indumentaria es particularmente fascinante. Por ejemplo, la ropa azul y naranja que llevaba Thorn 199 supone una actitud frívola, un amable desdén por lo que nosotros los terrestres llamamos «hechos». El blanco y el negro son los colores apropiados para la responsabilidad y la sobriedad. Y cuando un sombrero negro complementa ese atuendo, los kolarianos están obligados a decir la verdad.

Pascoglu, vencido, asintió.

—Está bien. Hablaré entre tanto con los dos sacerdotes de Cambyses. —Y agregó, mirando con aire de excusa a Ridolph—: He oído decir que en Cambyses se practican sacrificios humanos. ¿Es verdad?

—Así es —dijo Ridolph.

Aparecieron en ese momento los dos sacerdotes, Fodor Impliega y Fodor Banzoso, ambos corpulentos y de aspecto desagradable; tenían rostros enrojecidos, anchos labios y ojos semihundidos entre hinchadas arrugas.

Pascoglu asumió su tono oficial:

—Estamos investigando la muerte de Lester Bonfils. Ustedes venían con él a bordo del *Maulerer Princeps*; quizás han advertido algo que pudiera arrojar luz sobre el crimen.

Los sacerdotes parpadearon, se mostraron incómodos, sacudieron sus cabezas.

—No nos interesan los hombres como Bonfils.

—¿No tuvieron ninguna relación con él?

Los sacerdotes miraron a Pascoglu. Sus ojos parecían cuatro bolitas de piedra.

—He oído decir que deseaban sacrificar a uno de los salvajes de Bonfils. ¿Es verdad?

—Usted no conoce nuestra religión —dijo Fodor Impliega, con voz estridente y sin matices—. El gran dios Camb existe en cada uno de nosotros. Todos somos partes del todo, y el total de las partes.

Fodor Banzoso amplió la explicación:

—Ha usado usted la palabra «sacrificio», que es incorrecta. Debió decir «reunirse con Camb». Es como acercarse al fuego en busca de calor; el fuego es más caliente cuantas más almas se unen a él.

—Ya comprendo —respondió Pascoglu—. Bonfils se negó a darles un salvaje para el sacrificio...

—«Sacrificio», no.

—... se indignaron, ¡y anoche le sacrificaron a él!

—¿Puedo interrumpir? —preguntó Ridolph—. Creo que puedo evitar pérdidas de tiempo. Como sabe, señor Pascoglu, dediqué parte de la mañana al estudio. Encontré una descripción del ritual de sacrificio cambiano. Para que el rito sea válido, la víctima debe estar arrodillada y con la cabeza inclinada hacia delante. Se clavan en sus oídos dos estiletes, y la víctima queda arrodillada, con la cabeza baja, en una postura de decoro ritual. Bonfils estaba caído de cualquier manera, sin la menor preocupación por la elegancia. Sugiero que Fodor Impliega y Fodor Banzoso son inocentes, por lo menos de este crimen.

—Es verdad, es verdad —respondió Fodor Impliega—. Jamás hubiéramos dejado un cadáver tan desordenado.

Pascoglu hinchó de aire sus mejillas.

—Eso es todo, por el momento.

En ese momento regresó Thorn 199. Llevaba unos pantalones negros y ceñidos, blusa blanca, chaqueta negra, y un tricornio negro. Se deslizó de costado por la puerta mientras los sacerdotes se marchaban.

—Sólo necesita hacerle una pregunta —dijo Ridolph—. ¿Qué ropa llevaba ayer, a medianoche?

—¿Bien?—dijo Pascoglu—. ¿Qué ropa llevaba?

—Azul y morado.

—¿Mató usted a Lester Bonfils?

—No.

—Es indudable que dice la verdad —concluyó Ridolph—. Los kolarianos sólo realizan actos de violencia cuando usan pantalones grises, o bien una combinación de chaqueta verde y sombrero rojo. Creo que se puede eliminar al señor Thorn 199.

—Muy bien —respondió Pascoglu—. Eso es todo, señor Thorn.

El kolariano se marchó, y Pascoglu examinó su lista con aire abatido. Luego se dirigió al intercomunicador.

—Que venga Hércules Starguard.

Se trataba de un joven de gran belleza física. El pelo era una densa masa de rizos rubios, los ojos, azules como el zafiro. Usaba pantalones color mostaza, una chaqueta negra brillante y ostentosos botines negros. Pascoglu se levantó del sillón en que se había hundido.

—Señor Starguard, tratamos de averiguar algo acerca de la trágica muerte del señor Bonfils.

—Inocente —dijo Hércules Starguard—. Yo no maté a ese cerdo.

Pascoglu alzó las cejas.

—¿Le disgustaba por algún motivo concreto?

—En efecto, no me gustaba el señor Bonfils.

—¿Y cuál era la causa?

Starguard miró desdeñoso a Pascoglu.

—Verdaderamente, señor Pascoglu, no veo que relación podrían tener mis sentimientos con su investigación.

—La tendrían si usted hubiese matado al señor Bonfils.

—Pero no lo hice.

—¿Puede probarlo?

—Supongo que no.

Ridolph se inclinó hacia delante.

—Quizá pueda ofrecer ayuda al señor Starguard.

Pascoglu le miró con furia.

—Por favor, señor Ridolph; no me parece que el señor Starguard necesite ayuda.

—Sólo deseaba aclarar la situación.

—Ha aclarado ya la de todos mis sospechosos. Muy bien, ¿de qué se trata ahora?

—El señor Starguard es terrestre, y está sujeto a la influencia de la cultura básica de la Tierra. Le han inculcado la idea respecto a que la vida humana es valiosa y que quien mata será castigado, cosa que no ocurre en el caso de muchos seres de otros mundos.

—Eso jamás ha detenido a los asesinos —gruñó Pascoglu.

—Pero impediría a un terrestre matar en presencia de testigos.

—¿Testigos? ¿Los salvajes? ¿De qué sirven como testigos?

—Probablemente de nada, en sentido legal. Pero constituyen un indicador importante, puesto que la presencia de espectadores humanos impediría a un hombre de la Tierra cometer un homicidio. Por eso creo que podemos eliminar al señor Starguard, por ahora, de nuestra lista de sospechosos.

Pascoglu abrió la boca.

—Pero, ¿queda alguien más? —Miró la lista—. El hecateano. —Fue hasta el intercomunicador—. Llame al señor... —frunció el ceño—, al hecateano.

Se trataba del único no humano del grupo, aunque exteriormente demostraba gran similitud. Era alto, de piernas finas, con grandes ojos cavilosos y un rostro duro, blanco, recubierto de quitina. Sus manos eran unas aletas elásticas, sin dedos; ésa era su diferencia más visible con respecto a un ser humano.

—Pase, señor... —Pascoglu se detuvo, irritado—. No conocemos su nombre; se ha negado a proporcionarlo, y no puedo dirigirme correctamente a usted. Sin embargo, si quiere acercarse...

El hecateano se adelantó.

—Los hombres son animales divertidos —dijo—. Cada uno tiene su nombre. Yo sé quién soy; ¿para qué necesito un rótulo? Extraña nota de idiosincrasia racial, la necesidad de aplicar un sonido a cada realidad.

—Nos gusta saber de qué hablamos —dijo Pascoglu—. Ordenamos los objetos en nuestras mentes por medio de nombres.

—Y así pierden las grandes intuiciones —respondió el hecateano, con voz solemne—. Pero me han llamado aquí para interrogarme acerca del hombre rotulado Bonfils, que está muerto.

—Exactamente —dijo Pascoglu—. ¿Sabe quién le mató?

—Por supuesto —repuso el hecateano—. ¿Acaso no lo saben todos?

—No —dijo Pascoglu—. ¿Quién fue?

El hecateano recorrió la habitación con la mirada. Cuando ésta volvió a Pascoglu, sus ojos eran impenetrables como agujeros en una cripta.

—Es evidente que he cometido un error. Si la persona involucrada desea pasar inadvertida, ¿por qué debería de descubrirla? Si lo sabía, ya no lo sé.

Pascoglu empezó a farfullar, pero Ridolph dijo con voz grave:

—Es una actitud razonable.

La furia de Pascoglu estalló.

—A mí me parece monstruosa. Se ha cometido un crimen, y este ser, que sabe quién es el asesino, no quiere hablar... No me parecería mal confinarlo en sus habitaciones hasta que pase la nave patrulla.

—Si lo hace —repuso el hecateano—, lanzaré al aire el contenido de mi saco de esporas. Inmediatamente hallará usted cien mil animálculos habitando el Centro; y si mata a uno solo de ellos, será culpable del mismo crimen que ahora investiga.

Pascoglu avanzó hasta la puerta y la abrió.

—¡Lárguese! ¡Salga de aquí! ¡Tome la próxima nave! ¡Jamás le permitiré que vuelva aquí!

El hecateano se marchó sin comentarios. Ridolph se puso de pie, dispuesto a salir, pero Pascoglu alzó la mano.

—Un momento, señor Ridolph. Necesito ayuda. He perdido la cabeza, me he apresurado.

Ridolph reflexionó.

—Exactamente, ¿qué es lo que quiere de mí?

—¡Encuentre al asesino! ¡Sáqueme de este lío!

—Esas dos peticiones podrían resultar contradictorias.

Pascoglu se dejó caer en una silla y se pasó la mano por delante de los ojos.

—No me confunda más, señor Ridolph.

—En realidad, señor Pascoglu, no necesita usted de mis servicios. Ha entrevistado a los sospechosos, y ha podido vislumbrar, al menos, las civilizaciones que los han modelado.

—Sí, sí —murmuró Pascoglu. Tomó la lista, la miró y miró oblicuamente a Ridolph—. ¿Quién ha sido? ¿Diasporus?

Ridolph hizo un gesto de duda.

—Es un caballero de los Dacca, y un gladiador aficionado. Sin duda goza de cierta reputación. Un crimen de este tipo destruiría su confianza y su autoestima. Yo diría que la probabilidad es del uno por ciento.

—Hum. ¿Y Fiammella de las Mil Velas? Ella ha admitido que deseaba matarle.

Ridolph frunció el ceño.

—Lo dudo. Por supuesto, la muerte por medio del amor no es imposible; pero, ¿no son ambiguos los posibles motivos de Fiammella? Según entiendo, su reputación se había visto menoscabada por la frialdad de Bonfils, y ella estaba decidida a reparar el daño. Si hubiera llevado a la muerte al pobre Bonfils atormentándole con su encanto y su seducción, habría ganado mérito. Pero sólo podía perderlo si lo mataba de cualquier otra manera. Probabilidad: uno por ciento.

Pascoglu lo anotó al margen de la lista.

—¿Thorn 199?

Ridolph abrió las manos.

—No estaba vestido con sus ropas de matar. Es tan sencillo como eso. Probabilidad: uno por ciento.

—Está bien. ¿Y los sacerdotes, Banzoso e Impliega? Ellos necesitaban un sacrificio para su dios.

Ridolph meneó la cabeza.

—El trabajo era una chapuza...; un sacrificio tan mal realizado les hubiese acarreado diez mil años de perdición.

Pascoglu formuló una sugerencia.

—¿Y si su creencia no fuera realmente ésa?

—Entonces, ¿para qué iban a matar a nadie? Probabilidad: uno por ciento.

—Ahora, Starguard. Pero usted insiste en que no habría cometido un crimen ante testigos...

—Parece muy poco probable. Por supuesto, podríamos suponer que Bonfils era un charlatán, que los salvajes eran impostores, que Starguard estaba involucrado de algún modo en la impostura...

—Eso es —dijo, ansioso, Pascoglu—. Yo pensé algo parecido.

—El único inconveniente es que no puede ser. Bonfils era un antropólogo de vasta reputación. Yo observé a los salvajes, y me parecieron auténticos seres primitivos. Se mostraban tímidos y confusos. Cuando el hombre civilizado intenta representar la barbarie, inconscientemente exagera la brutalidad del tema. El bárbaro que se adapta a la civilización se comporta según el modelo propuesto por su preceptor, en este caso Bonfils. Al observarlos durante la cena, me entretuve mirando cómo imitaban con cuidado lo que hacía Bonfils. Y mientras examinábamos el cadáver, se mostraban asombrados y asustados. No pude encontrar en ellos el menor indicio del astuto cálculo con que un hombre civilizado intentaría librarse de una situación difícil. Podemos suponer entonces que Bonfils y sus salvajes eran exactamente lo que parecían.

Pascoglu se puso de pie, y echó a andar de un lado a otro.

—Entonces, los salvajes no pueden haber matado a Bonfils.

—La probabilidad es mínima. Y si son auténticos, debemos abandonar la idea respecto a que Starguard fuera su cómplice. Por lo tanto, según la exigencia cultural antes mencionada, queda eliminado.

—¿Y el hecateano?

—Es un asesino todavía menos probable que los otros. Hay tres razones. Primera, no es humano, ni tiene experiencia de la ira y la venganza. Segunda, no tiene la menor vinculación con Bonfils. Un leopardo no ataca a un árbol; son seres de distintos órdenes, y lo mismo le ocurre al hecateano. Y tercera, le hubiera sido imposible, no sólo psíquica sino también físicamente, matar a Bonfils. Sus manos no tienen dedos, son simples aletas. No podrían manipular el disparador de un arma. Creo que puede excluir al hecateano.

—¿Pero, quién queda entonces? —exclamó desesperado Pascoglu.

—Pues estoy yo, está usted, y también...

La puerta se abrió, y el bonzo de túnica roja miró hacia el interior.

5

—Pase, pase —invitó cordialmente Magnus Ridolph—. Ya hemos terminado con nuestra tarea. Hemos establecido que, de todas las personas que había ayer en el Centro, sólo usted podía haber matado a Bonfils. De modo que no tenemos nada que hacer en la biblioteca.

—¿Cómo? —exclamó Pascoglu, mirando al bonzo.

—Yo había esperado —dijo el bonzo— que mi participación en el hecho pasara inadvertida.

—Es usted demasiado modesto —repuso Magnus—. Lo justo es que se conozca a una persona por sus buenas obras.

El bonzo se inclinó.

—Yo no busco elogios. Me limito a cumplir mi tarea. Y si han terminado ustedes con esto, debo continuar mis estudios.

—Desde luego. Vamos, señor Pascoglu; es desconsiderado molestar a un benemérito bonzo durante sus meditaciones.

Magnus se llevó al corredor al atónito Pan Pascoglu.

—Él..., él..., ¿es el asesino? —preguntó éste.

—Mató a Lester Bonfils. Eso es evidente.

—¿Por qué?

—Porque su corazón es bondadoso. Bonfils habló un momento conmigo, y era obvio que sufría un grave problema psíquico.

—¿Pero eso se hubiese podido curar! —exclamó, indignado, Pascoglu—. ¡No era necesario matarle para calmar sus sentimientos!

—Según nuestro punto de vista, no. Pero no olvide usted que el bonzo es fiel creyente en la reencarnación. Por lo tanto, considera que ha liberado de sus tormentos al pobre Bonfils, que acudió a él para pedirle ayuda. Le mató por su bien.

Entraron en el despacho de Pascoglu; éste miró por la ventana.

—Y ahora, ¿qué debo hacer? —preguntó.

—En eso no puedo aconsejarle.

—No me parece bien castigar al pobre bonzo. Es absurdo..., ¿cómo podría hacer eso?

—Ése es el dilema.

Hubo una pausa. Pascoglu, lentamente, se tiraba del bigote. Luego, Magnus declaró:

—Usted desea, esencialmente, proteger a sus clientes de un posible nuevo caso de filantropía exagerada.

—¡Eso es lo principal! Yo podría dejar pasar la muerte de Bonfils, explicar que ha sido un accidente. Y enviar a los salvajes a su planeta.

—Sin embargo, yo recomendaría separar al bonzo de las personas que demuestran incluso la más mínima melancolía. Es un hombre enérgico y entregado a su tarea, y bien podría preocuparse por extender el alcance de su beneficencia...

Pascoglu, de pronto, hundió su rostro entre las manos. Luego miró con ojos muy abiertos a Magnus.

—Esta mañana, me sentía muy deprimido. Hablé con el bonzo... Le conté todos mis pesares. Me quejé incluso de los gastos que...

La puerta se abrió silenciosamente. El bonzo miró la escena. En su cara bondadosa vagaba una semisonrisa.

—¿Molesto? —preguntó, mirando de soslayo a Magnus—. Esperaba encontrarle solo, señor Pascoglu.

—Ya me iba —repuso con amabilidad Magnus—. Si me perdonan...

—¡No, no! —exclamó Pascoglu—. ¡No se vaya, señor Ridolph!

—Puedo regresar en otro momento —dijo el bonzo, con voz suave.

Salió y la puerta se cerró.

—Ahora me siento peor que nunca —gimió Pan Pascoglu.

—Más vale que el bonzo no se entere —dijo Magnus Ridolph.

FIN

Título Original: Coup de Grace © 1958.

Traducción de Carlos Peralta.

Edición Digital de Arácnido.

Revisión 2.